

*LA CASA FUERTE DE BARCELONA Y FRANCISCO
DE PAULA VELEZ*

Escribe: S. T. FORZAN-DAGGER

Era el 3 de abril de 1817. Barcelona esperaba la ayuda militar del general Santiago Mariño, mas todo fue en vano. El 7 del mismo mes, día del asalto de los realistas a la Casa Fuerte de dicha ciudad, este general, haciendo caso omiso de las órdenes que le había dado Bolívar, se encontraba durmiendo con su ejército en la población llanera del Chaparro. Sobre este asunto, a Mariño se le sindicaba como el responsable de la pérdida de la plaza oriental. Verdad de ello es lo que narra el general Rafael Urdaneta en sus memorias, donde apunta lo siguiente: "Urdaneta tenía motivos especiales de amistad con el general Freites, y atento a esto y al deber de no dejar sacrificar la división de Barcelona y como extraño a los partidos, instó frecuentemente para que se contramarchase en auxilio de la plaza. Las partes de Freites se repetían cada vez más urgente". En otro párrafo dice: "Urdaneta, aislado en tales circunstancias, siguió al amanecer el movimiento de Mariño tan maquinalmente como hubiera podido seguir a los otros, y al llegar a Santa Ana volvió a suplicar a Mariño le diese siquiera aquel batallón, que con alguna caballería que ofrecía Monagas, él se ofrecía a ir hasta Barcelona y quizás salvar a Freites y sus compañeros. Accedió por fin Mariño, dio el batallón, Monagas 200 hombres de caballería y se movió con esa fuerza; pero al llegar con ella a la Aragua encontró al teniente Raimundo Freites, hermano del general, al cirujano de Bolívar y otros, escapados con muchísimos peligros de la Casa Fuerte y le dieron noticia de la completa destrucción de los patriotas y de ser ellos acaso los únicos que se hubiesen salvado. Ya sin objeto, determinó Urdaneta volverse a Santa Ana a entregar las tropas que se le habían confiado". Más adelante agrega: "El lector juzgará por esta relación a quién puede, con más o menos fundamento, atribuirse la pérdida de la Casa Fuerte de Barcelona y de todos los elementos de guerra que debían servir para armar las divisiones del interior, pues todas carecían de armamento, la de Apure sobre todo". Por lo visto, Mariño tuvo tiempo para ir en auxilio de Barcelona, pero las causas de su tardanza se desconocen. Ahora, veamos la tragedia que sucedió en la mencionada ciudad.

Las fuerzas enemigas, al mando del coronel de dragones Juan Aldama, se acercaban a Barcelona. Así lo habían comprobado los atalayeros y todos aquellos que se hallaban en puestos de vigilancia. Informado el general barcelonés Pedro María Freites, a quien el Libertador le encomendó la defensa, de las proximidad de Aldama, dio órdenes de acelerar los trabajos de fortificación. Mientras esto sucedía, el 5 de abril entraba el jefe realista a la ciudad, cuyas casas y calles estaban desiertas, y de inmediato se puso en contacto con la escuadrilla española que se encontraba en la bahía de Pozuelos, la que lo aprovisionó de gruesa artillería para batir la Casa Fuerte. Aldama, sin vacilar, colocó sus baterías frente a dicha Casa, en la plaza del "Hospicio", hoy "Bolívar", a quinientos pasos de distancia. Después le envió al general Freites y a los sitiados una orden de rendición, a la cual todos respondieron en forma negativa, que ellos estaban dispuestos a defenderse, a sacrificar sus vidas por liberarse de las ataduras del coloniaje y de la esclavitud. El 7 de abril, luego de dos días de sitio, se escucharon los estampidos de los cañones realistas batiendo a las amuralladas paredes de la Casa Fuerte. La azotea de la improvisada fortaleza también vomitaba fuego. Pedro María Freites, el doctor Francisco Esteban Rivas, Demetrio Lobatón, Francisco de Paula Vélez, oficial bogotano; Raimundo Freites y todos los jefes de pelotones dirigían las operaciones de defensa. La mayor parte de los soldados republicanos eran reclutas que no sabían manejar una pieza de artillería ni un fusil. Mas la consternación que existía en el interior del recinto fortificado contribuía a medrar la nerviosidad. La situación, pues, para los patriotas era sumamente difícil. Después de cuatro horas de nutrido fuego, las baterías que se encontraban en la plaza del "Hospicio", abrieron varias brechas en uno de los muros. Aldama consiguió su objetivo fundamental: el asalto. El propio jefe realista, en carta que le escribiera al capitán general de Venezuela, don Salvador Moxó, fechada el 10 de abril de 1817, le dice: "Aterrorizados, llenos de pavor, abandonando sus últimos recursos de defensa, se precipitaban en todas direcciones a la campiña, en donde fueron pasados a cuchillo por las tropas de las trincheras y calles que guarnecían el regimiento del rey..."

Cerca de 4.000 soldados realistas entraron por varios boquetes y se apoderaron del piso bajo del convento. Las grandes puertas con sus adornos al estilo colonial, ya no resistían los fuertes golpes que los atacantes le daban con la culata de los fusiles. Las decoraciones caían en astillas al suelo y la gruesa madera de los portones saltaba en fragmentos. Instantes de pánico y de angustia convulsionaban aquellas indefensas personas, entre ellas se veían mujeres, niños, enfermos y ancianos. Todos ellos, miraron, sobrecogidos de terror, el derrumbe de las puertas, ya todo era confusión y tropelías. La matanza había comenzado. Insultos y blasfemias decíanse en tono alto ambos bandos. En los pasillos y en los rincones se veían a jóvenes madres con sus pequeños hijos que, arrebatados de sus brazos por los facinerosos, eran arrojados al aire para luego ensartarlos, según la tradición, en la punta de las bayonetas. Y con salvajismo ilimitado, precedido de histéricas carcajadas, la desencajaban y después lanzaban el cuerpo de la criatura contra los muros del antiguo convento. La lucha continuaba.

Un hecho histórico se desarrolló en medio del fragor del combate. Se trata de la bella Eulalia Buroz, a quien muchos historiadores venezolanos la llaman Eulalia Ramos. Para nosotros los barceloneses la hemos conocido tradicionalmente con el nombre de Eulalia Buroz, es decir, que el recuerdo a Eulalia Buroz ha sido conservado por la tradición popular. Fue ella la que, al lado de su esposo, el inglés William Chamberlaind, edecán del Libertador, agregara una página más de heroísmo a la historia de la perinclita ciudad de Barcelona.

Cuéntase que, en la parte baja del convento, en una de las habitaciones, se encontraba Chamberlaind con Eulalia, quien, según la tradición, estaba vestida de blanco. Ambos presentían la tragedia. Y cuando Chamberlaind comprendió que todo estaba perdido y que en cualquier momento sería, junto con su esposa, víctima de los oprobios y de las injurias del enemigo, pensó en suicidarse. Para ello agarró de la cintura a Eulalia, a quien le dijo: "Prométeme que al matarme yo tú también me seguirás". Ella, sin dejarse esperar, le respondió afirmativamente. Se abrazaron fuertemente y gruesas lágrimas brotaron de los ojos negros de Eulalia y un beso selló la promesa. Pocos instantes después escucharon el tropel de la soldadesca realista que irrumpía por la puerta grande del salón. Oyose una fuerte detonación. Era que Chamberlaind se quitaba la vida. Ella trató de seguir su ejemplo, pero manos toscas y ensangrentadas impidieronle el cumplimiento de su juramento. Un asaltante, junto con otros que ya empezaban a llegar, luchaba con Eulalia para satisfacer su lascivia. Cuando esto sucedía, un soldadote del rey observó las facciones y la valentía de la mujer y prendado de ella, díjoles a sus hombres: "Esa mujer me pertenece, ¿no ven que es muy guapa?" En seguida le rodeó la cintura, y cuando intentó besarla, ella, conservando su serenidad, le tanteó la pistolera, de donde extrajo con disimulo el revólver, el cual introdujo sagazmente en el pecho del oficial y se lo disparó a quemarropa. Este, herido de gravedad, cayó a los pies de la heroína, que con el arma humeante en su mano derecha y rodeada de enemigos, gritó a todo pulmón: "¡Viva la independencia! ¡Muera el rey de España!". ¡Bala traidora ahogó las palabras de Eulalia! Aun herida, la furia de los realistas se ensañó en su cuerpo. Las bayonetas descuartizaron sus entrañas y su cadáver fue amarrado a la cola de un caballo, que la arrastró hasta la Ermita del Carmen. La tradición no cuenta más. Este fue, pues, el fin de aquella joven barcelonesa que prefirió la muerte antes que profanar la memoria de su marido y traicionar su patria.

Mientras esto sucedía, Freites, el mártir de la independencia venezolana, peleaba sin descanso. Con la espada de combate en su diestra dirigía las operaciones militares desde la azotea, en donde ya la situación le era desfavorable. Y sin perder tiempo, dio la orden de salida. Con un grupo de valientes soldados, Freites sostuvo fieramente el choque de las fuerzas de Aldama que se hallaban protegiendo la entrada de la escalera. El encuentro costó vidas. Cuerpos mutilados rodaron por las gradas, hasta que desalojó, a fuerza de bayoneta y sable, al enemigo, que huyó en busca de refuerzos. Ya en la parte baja, una sola idea estaba fija en su mente: escapar por el Arroyo con sus pocos hombres. Pero cuando se disponía a huir, vióse rodeado nuevamente de asaltantes, a quienes les opuso enérgica resistencia. El hijo de Barcelona prefirió darle cara

al enemigo antes que doblegarse a sus pretensiones. De sus labios salieron estas patrióticas frases: "Soldados, preferible es caer combatiendo como bravos, a morir degollados". Mas, todas sus energías estrelláronse delante de fuerzas superiores en número. Minutos después, era vencido. Su brazo derecho lo tenía destrozado por una bala de fusil. Freites y el doctor Francisco Esteban Rivas, débiles y agotados, fueron conducidos a presencia de Aldama, quien ordenó que los encerraran para luego enviarlos a Caracas, donde serían juzgados como rebeldes por don Salvador Moxó. Con la detención de estos dos jefes, todo terminó en la Casa Fuerte.

Más allá, en su puesto de defensa hallábase el joven coronel bogotano Francisco de Paula Vélez, rechazando con tenacidad a las huestes peninsulares. Su posición era desventajosa, ya que, con dos veintenas de soldados, defendía la parte débil. Pero su valor y su inteligencia causaron profunda admiración a las fuerzas de Aldama que, después de prolongada lucha, lograron desalojarlo del lugar. Las tropas de refresco completaron la obra de exterminio y de aniquilamiento. Más de 1.400 cadáveres de patriotas, de todas las edades, en su mayoría pasados a cuchillo, quedaron diseminados dentro y fuera de la Casa Fuerte.

En vista, pues, de que todo estaba perdido y que su resistencia no se justificaba, Vélez, con sus ojos enrojecidos, desgredado y enfurecido, con sed y su traje desgarrado, sucio de polvo y sangre, paseó su mirada por todas aquellas ruinas de donde salían densos espirales de humo que se elevaban al cielo como signo del sacrificio de aquel puñado de valientes que dieron sus vidas por defender el ideal más caro de los pueblos: la libertad. Ante tal espectáculo, su único recurso era huir junto con los pocos hombres que tenía bajo su mando. Aquí, por considerarlo oportuno, transcribiré a continuación un fragmento del bello poema de A. Sicard y Pérez, intitulado "La Casa Fuerte de Barcelona", publicado en el "Papel Periódico Ilustrado" de Bogotá, el 15 de mayo de 1884, donde dice de Vélez lo siguiente:

*"Entonces Vélez que quiso
Con su tenaz resistencia
Proporcionar retirada
A los que a su lado quedan,
Con impavidez los ojos
Por un instante pasea
Sobre la hueste enemiga
Que a paso trote se acerca,
Y ágil como valeroso
Salta el foso y la trinchera,
Se abalanza sin reparo,
Veloz como una saeta,
Y blandiendo el limpio acero
Que al vivo sol centellea,
Fiero, raudo, irresistible*

*Rompe la humana barrera
Y a los suyos libra el paso
Por la que abre franca brecha.*

*Del campo español se escapa
Voz de insólita sorpresa,
Y a la par se escucha el grito
De "Alto el fuego! nadie ofenda
A ese intrépido oficial
Y al instante el fuego cesa".*

Así, de ese modo, logró huir Francisco de Paula Vélez, el osado militar neogranadino, de 22 años de edad, que por su arrojo y sus proezas militares, dejó huellas indelebles en la historia de la independencia del oriente venezolano, especialmente en la de Barcelona, donde se le recuerda con admiración y cariño.